



Marcelo Luján

Moravia

 El Aleph Editores

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

© Marcelo Luján, 2012

Primera edición: enero de 2012

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,
El Aleph Editores,
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.
Impreso en Limpergraf, S. L.
Depósito legal: B. 39545-2011
ISBN: 978-84-15325-19-2

*Para Paco Ignacio Taibo II,
por regalarme Moravia,
aquella tarde,
en la rue Broca de París.*



*y era como cuatro breves golpes
que daba
en la puerta de la desgracia*

ALBERT CAMUS, *El extranjero*



PRIMERA PARTE



I

Ahora que estaba inmóvil, varado y con ojos de muerto, el *Murray II* parecía ser más importante que todo el puerto: su figura maciza lo hacía único, sagrado e imponente, y la ribera quedaba ciertamente relegada a esos atributos de quietud, era como si la ciudad entera, además, hubiese sido construida solo para recibirlo. A sus plantas, más bien a su merced, el pasaje diseminado por la explanada de la dársena hacía largas colas para las revisiones aduaneras. En las inmediaciones: incluso en recovecos ciertamente invisibles, la inmigración afincada ya movía los hilos del trueque y de la venta ambulante, ofreciendo pensiones baratas y trasladados en coches de alquiler y hasta compañía de aquella que no se nombra. Cerca del barco: puede que del lado de la proa, hombres descamisados cumplían con las labores de amarre dando gritos que otros hombres, asomados en lo alto de la cubierta, contestaban con ademanes incomprensibles. Se veían grúas esqueléticas moviéndose con lentitud, depositando en camiones y a un costado del bullicio amasijos de baúles envueltos en redes: algo que colgaba desde las inescrutables poleas que algún operario movía de acá para allá.

Era 1950 y Buenos Aires se asomaba como una ciudad nueva, floreciente, el aire extranjero la convertía en marabunta pero también en coloquio y brillantina.

Después de pisar tierra firme, después de bajar la escalinata alargada que nacía en el corazón del trasatlántico, después de eso, incluso después de apoyar los dos pies en lo que ya era el cemento de la dársena, el bandoneonista besó a su esposa tomándole la cara con ambas manos. Para realizar ese gesto tuvo que soltar la cartera de cuero: dejarla un momento de lado, abandonarla junto a sus piernas, tal vez apretada entre los tobillos, seguramente más pendiente de ella que del beso que estaba soltando, que de la cara que estaba sujetando, que del puerto y la llegada y el febrero este tan caluroso y pegajoso y mal hablado. Fue la primera vez en muchas horas que se desprendió de aquella suerte de maletín: probablemente todas las que demoró el *Murray II* en atravesar la bahía, que ciertamente fueron demasiadas, aunque después de tantos días de altamar las horas no eran horas sino papel picado cayendo desde cualquier sitio.

Después, inmediatamente después, incluso en el mismo movimiento, se agachó y volvió a empuñar el asa de la cartera y sin tanto aspaviento como con su esposa besó la cabellera de su pequeña hija. Fueron besos espontáneos pero algo obsoletos, como si quisiera él besarse a sí mismo al ver que por fin había concretado el regreso: como si volver a estos confines fuese una cuestión absolutamente personal, esperada durante años y tan ansiada. Así fueron aquellos besos. Llevaban encima el equipaje y los veintiocho días de viaje y por qué no el recuerdo de Nueva Orleans, del *Murray II* partiendo desde el Misisipi hacia el sur del mundo, soltando torrentes de humo por altísimas chimeneas inclinadas, con la totalidad del pasaje arrumbado contra las barandas de babor, agitando pañuelos y sombreros y los brazos, muchos brazos y muchas manos, que junto a las sirenas ensayaban la eterna despedida mientras el barco se alejaba trémulo de las costas norteamericanas.

La esposa, en checo, le dijo a su hija que a partir de ahora debería caminar, que mamá y papá tenían que llevar las maletas, y que sea buenita:

—*Máma a táta musí nosit zavazadla. Být dobré* —dijo.

En sus muecas se notaba que no esperaba mucho de este viaje: había aceptado hacerlo por la insistencia tenaz de su marido y ahora la ciudad se le venía encima con voces exageradas que sin mucho interés intuía italianas. Sufría una extraña situación porque el calor de febrero la confundía y porque todos esos días en medio del mar terminaron por agobiarla. Cuando su marido, adelantado —o era ilusionado y ansioso—, se colocó en una de las varias filas de la aduana, apuró el paso y le tocó el brazo a modo de llamada. Antes se secó el sudor con un pañuelito blanco: el movimiento fue delicado e imperceptible y no impidió que repitiera lo que él sabía de sobra.

Y le susurró en inglés, sin mirarlo:

—Ya sabes que no estoy de acuerdo con tu plan. Que me parece absurdo.

Él hizo como si no escuchara la frase de su esposa, como si el entorno y la situación fuesen no lo más importante sino lo único.

—¿Me oyes?

Como si no escuchara ni nadie nunca le hubiese hablado en esa lengua: como si jamás hubiese aprendido el inglés que sí aprendió, un poco a la fuerza y otro poco por necesidad, en los quince años que llevaba viviendo en Nueva Orleans. Así siguieron avanzando hasta ubicarse en una de las filas donde la gente se apelotonaba con escaso criterio y más escaso orden. En el fondo, los dos sabían que esas frases no eran del todo un reproche: que el cerebro humano responde más bien con malos modos a la presión, al cansancio acumulado y al trajín que significaba semejante desplazamiento, semejante cambio.

—Sí... Te oigo.

También para él, nativo e hispanoparlante, la ciudad que pisaba ahora era una referencia desconocida o quizás abstracta, imprecisa: sus exiguos y ya lejanos días en Bue-

nos Aires no habían sido para nada felices y sabido es cómo funciona la memoria cuando se la aprieta y estruja contra los tiempos de oscuridad, contra la imagen soñolienta del inaccesible Ocean Dancing de la avenida Leandro N. Alem, contra algún que otro varieté y sobre todo contra cierto boliche de mala muerte donde se ofreció como músico por el techo y la comida y con suerte consiguió que lo emplearan de lavacopas, durmiendo sobre un colchón mugriento que tiraba cerca del mostrador ni bien echaban la cortina de cierre.

—Aunque te hagas el tonto no me voy a cansar de decírtelo.

—Es solo un juego —contestó él acomodándose el sombrero—. Vas a ver qué sorpresa les voy a dar —forzó una sonrisa muda—. No se lo van a creer.

La niña, algo escuálida y de piel transparente, con esos ojitos cristalinos y el cabello recogido en dos coletas cortas, reticente y desconfiada y por eso mismo pegada como una lapa a las piernas de su madre, observaba el gentío en absoluto silencio. Todo era anónimo, novedoso, extraño. Por momentos la muchedumbre movediza y gritona la ceñía para sumergirla en un mundo paralelo al suyo. Volvió a ver la silueta temeraria del *Murray II*. Le pareció enorme. Y en verdad lo era. Recordó la partida: las gaviotas que revoloteaban cerca de la popa, sus chillidos y sus aleteos y sus descensos constantes y la voz plácida de su madre diciendo pobres peces descontrolados por las turbinas.

—No me gusta ese juego —insistió la esposa—: hace quince años que no saben nada de ti. Aunque bien podrían reconocerte, y tu juego de niños se iría al garete.

Entre ellos, siempre se comunicaban en inglés. Desde el día en que se conocieron. El bandoneonista no hablaba checo y ella tenía un español escaso y algo ridículo. Por pura inercia matrimonial había aprendido palabras sueltas y algunas frases bañadas por las formas y el acento de su espo-

so. La gramática de la lengua castellana le resultaba compleja, escabrosa, a veces inútil. Tal vez el tango, sus letras lacrimosas y pendencieras, tan presentes en el seno del hogar, la habían acercado por azar a la mera comprensión.

—Te van a reconocer —añadió ella—: una madre siempre reconoce a sus hijos.

—Mi madre no es como las demás madres: no me reconocerá. Ninguna de las dos. Estoy muy cambiado —contestó posando la mano abierta sobre la cartera de cuero.

Ella se negó a entrar en aquella discusión: la querencia y el sombrero de ala ancha le cargaban el rostro de juventud.

Él retomó la conversación con intenciones de acabarla. Le habría gustado decírselo en español, como tantas cosas que nunca pudo, en su español bien porteño y arrabalero. Incluso sabiendo que ella no comprendería ni la mitad de la frase. Le habría gustado decírselo en español, sí, ahora que estaban en Buenos Aires. Dudó un momento: ya era tarde para cambiar.

—Mira —dijo y se estiró la solapa del saco—: ¿ves este traje, este reloj, la camisa, los zapatos? ¿Los ves bien? Bueno: ellas no vieron nada parecido en toda su amargada vida.

La esposa prefirió abandonar definitivamente el diálogo, evadirse. Recorrió con la mirada las fachadas de esas construcciones que tanto le recordaban al puerto de Londres. Y pensó en Londres, entonces: en su adolescencia y también en su madre, en los viajes felices junto a su madre. E inevitablemente en todo lo que la guerra había borrado para siempre.

—En toda su amargada vida —repitió el bandoneonista ahora sí en español, y ella estaba a punto de preguntarle qué andaba murmurando cuando un increíble griterío la sobrecogió. Todos miraban hacia allá: hacia el extremo sur de la explanada donde dos mujeres forcejeaban y se empujaban y se increpaban con enfáticas gesticulaciones. La esposa del bandoneonista quiso imaginar que eran hombres disfrazados.

dos: no podía tratarse de mujeres. Pero lo eran. Y en medio de ellas aparecía un niño: el rostro apretado por la acción del llanto. Pronto se formó un corro. Las mujeres, lejos de abandonar la reyerta, se trenzaron con violencia y una de ellas consiguió rasgar la ropa de la otra que, por el tirón, cayó al suelo despatarrada. Se oyeron vítores. Furiosa, la despatarrada se incorporó y acometió a su oponente con mayor bravura. La gente del corro, los de los vítores, lejos de intentar aplacar la pelea, parecía entretenerse: algunos reían a carcajadas, otros decían frases de arenga.

—Esta lacra viajó con nosotros, qué barbaridad —escuchó decir el bandoneonista cuando el corro aquel había imposibilitado completamente la visión y los pasajeros del *Murray II*, en la otra punta de la explanada, volvieron la vista al frente.

—Más que seguro como polizones —escuchó.

—Conventilleros —escuchó también.

Los comentarios habían sido pronunciados en español: venían desde atrás.

Y también en español, un señor de guayabera y sombrero caribeño respondió:

—Se equivoca, caballero: es gente de otro barco.

—Conventilleros igual.

—Puede ser. Pero no viajaron con nosotros.

La última afirmación era cierta: dos días antes, había llegado a esa misma dársena el trasatlántico *Anna C*, imponente como el *Murray II* o tal vez más, aunque de bandera italiana, que había partido de Génova con más de setecientas almas a bordo. El personal de aduanas del puerto de Buenos Aires, desbordado por estas llegadas masivas, traía la orden —o la voluntad— de atender antes que nada a los viajeros de la primera clase, dejando para última instancia al resto. Y la primera clase del *Anna C* suponía apenas el quince por ciento del total de su pasaje. Y las demoras para los que no gozaban de privilegios, en el mejor de los casos, du-

raban días enteros. Y los nervios, en todos los casos y más allá de la bandera o de las vestimentas, no soportan tanta indiferencia.

—De Europa, vienen —escuchó.

—Pobre gente —escuchó también.

El de guayabera, risueño tras un enorme bigote que le encendía los dientes, estaba acotando algo cuando el bandoneonista observó que en todo el ala oeste de la explanada, que era mucho decir, con sus cinco o seis puestos aduaneros, no había ni un solo pasajero del *Murray II*.

Intentó explicárselo a su esposa, empezando por los comentarios venenosos en español que ella, por supuesto, no había podido comprender.

Al oír la traducción de su marido, diríase que disgustada, se volvió sin disimulo y buscó a los responsables. Las culpas recayeron en un hombre excesivamente gordo que vestía de blanco crema mientras el sudor le bajaba por la cara como una catarata incontrolable. A su lado había una mujer: sus manos enguantadas sostenían un paraguítas de fina estampa que la protegía del sol o más bien de la claridad, puesto que en ese sector se proyectaba la sombra de uno de los enormes hangares portuarios.

—No pasa nada —dijo él.

Pero ella continuó mirando hacia atrás hasta que el de guayabera y sombrero caribeño le sonrió. Y le guiñó el ojo. Y ella juraría que aprovechó la acción para mirarle el escote. Los separaban muchos metros de distancia y aun así lo seguiría jurando. Ruborizada, se corrigió la abertura con un movimiento rápido y se volvió.

En la misma acción, pero sin que ella lo notara, los ojos del bandoneonista se cruzaron con los del gordo.

Fue un instante.

Tal vez un segundo.

En el siguiente segundo el bandoneonista observó cómo el gordo chantillí escrutó la cartera de cuero.

Después volvieron a mirarse.
Arriba, alto y rabioso, un sol justiciero empezaba a enseñar su quemado aliento anaranjado.